

Sermón Nueve. EL SANTUARIO.

TEXTO:

«Oí a un santo que hablaba, y otro santo preguntó a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del sacrificio diario, y la transgresión de la desolación, para entregar el santuario y el ejército a ser pisoteados? Y él me dijo: Hasta dos mil trescientos días; entonces el santuario será purificado» (Daniel 8:13, 14).

Hemos visto que la tierra no es reconocida en las Sagradas Escrituras como el santuario de Dios, que la iglesia no es su santuario, y que la tierra de Canaán no es el santuario. La definición de la palabra es: «Un lugar santo». — Walker. «Un lugar sagrado». — Webster. «Un lugar santo o santificado, una morada para el Altísimo». — Cruden. Una morada para Dios. (Éxodo 25:8). Ni la tierra, ni ninguna porción de ella, ha sido tal lugar desde que el pecado encontró su camino en el Edén.

La palabra santuario se usa en la Biblia ciento cuarenta y seis veces, y en ningún caso se aplica a la tierra, a la tierra de Canaán o a la iglesia. En ciento treinta y siete veces se refiere a dos cosas, y solo a dos: Primero, el santuario que fue el centro del sistema de adoración judío; y, segundo, el santuario del cual Cristo es el ministro en el Cielo. Hay nueve casos en los que la palabra santuario no se refiere al santuario del Señor. En un texto se dice que «Judá fue su santuario» (Salmo 114:2). Jehová de los ejércitos «será por santuario» (Isaías 8:14). Moab tenía un santuario (Isaías 16:12). Dios es un pequeño santuario (Ezequiel 11:16). El rey de Tiro tenía santuarios (Ezequiel 28:18). Había santuarios paganos (Daniel 8:11; 11:31). La «capilla del rey», (Amós 7:13, margen, santuario), era un santuario rival. Véase el versículo 9, donde se nombran los santuarios, en plural, de Israel. En estos nueve textos, la palabra santuario no se refiere ni al santuario terrenal ni al celestial; pero en todos estos casos deriva su nombre del santuario del Señor.

El santuario de la Biblia es la morada de Dios. Incluye, primero, el tabernáculo levantado por el hombre, que fue el modelo del verdadero; y segundo, «el verdadero tabernáculo, que levantó el Señor y no el hombre». El tabernáculo erigido por el hombre, como modelo del verdadero, abarcó, primero, el tabernáculo de Moisés, segundo, el templo de Salomón, y tercero, el templo de Zorobabel. El verdadero tabernáculo de Dios es el gran original, del cual Moisés, Salomón y Zorobabel erigieron «figuras», «modelos» o «imágenes». Rastreamos el modelo del verdadero desde el momento en que fue erigido por Moisés, hasta que se fusionó con el modelo más grande y glorioso que Salomón mandó establecer. Rastreamos este edificio hasta el período en que fue derrocado por Nabucodonosor, y se le permitió permanecer en ruinas durante el cautiverio babilónico. Y desde el momento en que Zorobabel reconstruyó el santuario, rastreamos la historia del modelo hasta que llegamos al verdadero tabernáculo, el gran santuario de Jehová en el Cielo.

Recopilamos nuestra primera instrucción sobre el santuario del libro del Éxodo. En el capítulo 24, aprendemos que Moisés subió a la nube que envolvía al Dios de Israel, en el Monte Sinaí, y que estuvo allí cuarenta días. Fue durante este período que se le explicó a Moisés la construcción del santuario y se le mostró el modelo en el monte. (Hebreos 8:5). El siguiente capítulo comienza con el mandamiento de erigir el santuario: «Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo y el diseño de todos sus instrumentos, así lo haréis» (Éxodo 25:8, 9).

Hemos aprendido varios hechos importantes: (1) El santuario era la morada de Dios. Fue erigido con este propósito expreso, para que Dios pudiera habitar entre su pueblo. Y Moisés tenía su mirada puesta en esta morada, o santuario, en ese mismo capítulo en el que algunos suponen que enseña que la tierra de Canaán es el santuario. «Él es mi Dios», dice Moisés, «y yo le prepararé una morada» (Éxodo 15:2). Es evidente que incluso Moisés entendía la diferencia entre la morada de Jehová y el lugar de su ubicación. (2) El santuario que Dios mandó a Moisés erigir, era el tabernáculo. El tabernáculo del testimonio era el santuario de Dios. (3) A Moisés se le encargó solemnemente que hiciera el santuario y todos

sus utensilios según el modelo que se le mostró en aquel lugar. Por lo tanto, ahora tendremos ante nosotros un modelo de la morada de Dios.

En el plan del santuario, sus paredes en el lado norte, oeste y sur, estaban formadas por tablas verticales colocadas en zócalos de plata. Cinco barras, que corrían a lo largo de los lados y pasaban a través de anillos en las tablas, las unían todas. Y todo estaba recubierto de oro. El santuario estaba cubierto con cuatro cubiertas diferentes. El extremo este estaba cerrado por un velo, o cortina, llamado la puerta del tabernáculo. Un segundo velo dividía el tabernáculo en dos partes, llamadas el lugar santo y el lugar santísimo. (Éxodo 26:1-29, 31-37; 36:8-38; Levítico 16:2; Hebreos 9:3).

Los utensilios del santuario fueron hechos conforme al modelo que el Señor mostró a Moisés. (Éxodo 25:9, 40). Eran los siguientes: (1) El arca. Era un cofre de aproximadamente cuatro pies y seis pulgadas de largo, y unos dos pies y seis pulgadas de ancho y alto, recubierto de oro puro, por dentro y por fuera. Esto fue hecho con el propósito expreso de contener el testamento de Dios, los diez mandamientos. (Éxodo 25:10-16, 21; 31:18; 32:15, 16; 37:1-5; Deuteronomio 10:1-5; 1 Reyes 8:9; 2 Crónicas 5:10; Hebreos 9:4). (2) El propiciatorio. Esta era la tapa del arca. En cada extremo de ella había un querubín; los querubines y el propiciatorio eran una sola pieza de oro batido. (Éxodo 25:17-22; 37:6-9; 26:34; Hebreos 9:4, 5). (3) El altar del incienso. Este estaba recubierto de oro, y medía aproximadamente tres pies y medio de altura, y casi dos pies cuadrados. Era para quemar incienso delante de Dios. (Éxodo 30:1-10; 37:25-28; Lucas 1:9-11). (4) El incensario de oro. Este se usaba para quemar incienso delante del Señor, particularmente en el lugar santísimo. (Levítico 10:1; 16:12; Hebreos 9:4). (5) El candelabro. Este, con sus siete lámparas, era una sola pieza de oro batido, con un peso de aproximadamente un talento. Fue hecho según el modelo expreso mostrado a Moisés. (Éxodo 25:3-40; 37:17-24; Números 8:4). (6) La mesa de los panes de la proposición. Medía aproximadamente tres pies y medio de largo, dos pies y medio de alto y dos de ancho. Estaba recubierta de oro puro, y sobre ella siempre se mantenían los panes de la proposición delante del Señor. (Éxodo 25:23-30; 37:10-16; Hebreos 9:2). (7) El altar del holocausto. Medía

aproximadamente nueve pies cuadrados, y casi cinco pies y medio de altura. Estaba recubierto de bronce, y era, como su nombre lo indica, utilizado para ofrecer sacrificios a Dios. (Éxodo 27:1-8; 38:1-7). (8) El lavacro. Este estaba hecho de bronce, y contenía agua para el uso de los sacerdotes. (Éxodo 30:18-21; 38:8). El atrio del tabernáculo tenía cien codos de largo por cincuenta de ancho, y cinco codos, o unos nueve pies, de altura. (Éxodo 27:9-18; 38:9-20).

Moisés erigió el santuario. Levantó el tabernáculo, y colocó sus tablas en los zócalos de plata, y las unió con las barras, y extendió sobre todo la cubierta del tabernáculo. Luego puso el testimonio en el arca, y colocó el propiciatorio sobre ella, y llevó el arca al tabernáculo. (Éxodo 40:17-21). Luego colgó el velo delante del arca, y así dividió los lugares santos. (Éxodo 40:21; 26:33; Hebreos 9:3). Colocó la mesa sin el velo en el lado norte del lugar santo, y ordenó el pan sobre ella. (Éxodo 40:22, 23). Luego colocó el candelabro en el lado sur del lugar santo, y encendió sus lámparas delante del Señor. (Éxodo 40:24, 25). Colocó el altar de oro delante del velo en el lugar santo, y quemó incienso aromático sobre él. (Éxodo 40:26, 27). Levantó la cortina para la puerta del santuario, y colocó el altar del holocausto en la puerta, y colocó el lavacro entre el tabernáculo y este altar; y alrededor de todo, levantó el atrio del tabernáculo. (Éxodo 40:28-33). El santuario erigido para la morada de Jehová, (Éxodo 15:2; 25:8), está ahora listo para recibir al Rey eterno.

«Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de Jehová lo llenaba». (Éxodo 40:34, 35). Ahora hemos encontrado la morada, o santuario, del Señor. En el libro del Éxodo, Moisés llama a este edificio el santuario al menos once veces.

Pero, ¿pides el testimonio del Nuevo Testamento sobre este punto? Entonces escucha la visión de Pablo sobre el santuario del primer pacto: «Ahora bien, aun el primer pacto tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. Porque el tabernáculo estaba dispuesto así: En la primera parte, llamada el Lugar Santo, estaban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición. Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un

incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto; y sobre ella los querubines de gloria que cubrían el propiciatorio» (Hebreos 9:1-5; 13:11). Queda establecido, por lo tanto, que tenemos la perspectiva correcta de este tema hasta ahora, y que el tabernáculo de Dios, y no la tierra de Canaán, era el santuario.

El santuario terrenal era el modelo del verdadero. «Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo y el diseño de todos sus instrumentos, así lo haréis». «Y mira, hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte» (Éxodo 25:9, 40). «Y alzarás el tabernáculo conforme al modelo que te fue mostrado en el monte» (Éxodo 26:30). «Como te fue mostrado en el monte, así lo harán» (Éxodo 27:8). «Conforme al modelo que Jehová había mostrado a Moisés, así hizo el candelabro» (Números 8:4). «Nuestros padres tuvieron el tabernáculo del testimonio en el desierto, como había ordenado el que habló a Moisés, que lo hiciese conforme al modelo que había visto» (Hechos 7:44). «Los cuales sirven de ejemplo y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a construir el tabernáculo; pues le dijo: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte» (Hebreos 8:5). «Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero» (Hebreos 9:23, 24).

De estos textos aprendemos dos hechos importantes: 1. Muchas veces se nos certifica que el tabernáculo del testimonio fue hecho según el modelo que Dios mostró a Moisés. 2. Que ese modelo era una representación del santuario celestial mismo. (Hebreos 8:2).

De Hechos 7:45, aprendemos que las tribus de Israel llevaron el santuario consigo a la tierra prometida. En el libro de Josué se le llama la casa de Dios, o tabernáculo; y aprendemos que fue establecido en Silo. (Josué 9:23; 18:1; 19:51; Jeremías 7:12). Se le llama «el tabernáculo de Jehová» (Josué 22:19). Se le llama «el santuario de Jehová» (Josué 24:26). En el libro de Jueces se le llama

simplemente «la casa de Dios», ubicada en Silo. (Jueces 18:31; 20:18, 26, 31; 21:2). En 1 Samuel se le denomina «la casa de Jehová» (1 Samuel 1:7, 24; 3:15). En los capítulos 1:9; 3:3, se le llama «el templo de Jehová». En el capítulo 2:29, Dios lo llama «mi morada», o tabernáculo, margen. Todavía permanecía en Silo. (1 Samuel 4:4). Ahora pasamos de la sombra a la sustancia. El santuario típico dio lugar al verdadero.

1. El santuario del primer pacto termina con ese pacto, y no constituye el santuario del nuevo pacto. (Hebreos 9:1, 2, 8, 9; Hechos 7:48, 49).

2. Ese santuario era una figura para el tiempo presente, o para esa dispensación. (Hebreos 9:9). Es decir, Dios no, durante la dispensación típica, reveló el verdadero tabernáculo; sino que dio al pueblo una figura o modelo de él.

3. Cuando la obra del primer tabernáculo fue cumplida, el camino del templo de Dios en el Cielo fue abierto. (Hebreos 9:8; Salmo 11:4; Jeremías 17:12).

4. El santuario típico y las ordenanzas carnales conectadas con él debían durar solo hasta el tiempo de la reforma. Y cuando ese tiempo llegó, Cristo vino, un sumo sacerdote de los bienes venideros por un tabernáculo más grande y más perfecto. (Hebreos 9:9-12).

5. El rasgarse el velo del santuario terrenal a la muerte de nuestro Salvador, evidenció que sus servicios habían terminado. (Mateo 27:50, 51; Marcos 15:38; Lucas 23:45).

6. Cristo declaró solemnemente que fue dejado desolado. (Mateo 23:37, 38; Lucas 13:34, 35).

7. El santuario está conectado con el ejército. (Daniel 8:13). Y el ejército, que es la verdadera iglesia, no ha tenido santuario ni sacerdocio en la antigua Jerusalén los últimos 1800 años, pero ha tenido ambos en el Cielo. (Hebreos 8:1-6).

8. Mientras el santuario típico estaba en pie, era evidencia de que el camino hacia el verdadero santuario no había sido abierto. Pero cuando sus servicios

fueron abolidos, el tabernáculo en el Cielo, del cual era una figura, tomó su lugar. (Hebreos 10:1-9; 9:6-12).

9. Los lugares santos hechos de manos, las figuras o modelos de las cosas celestiales, han sido reemplazados por los lugares santos celestiales mismos. (Hebreos 9:23, 24).

10. El santuario, desde el comienzo del sacerdocio de Cristo, es el verdadero tabernáculo de Dios en el Cielo. Esto se afirma claramente en (Hebreos 8:1-6). Estos puntos son evidencia concluyente de que el santuario terrenal del primer pacto ha dado lugar al santuario celestial del nuevo pacto. El santuario típico es abandonado, y el sacerdocio es transferido al verdadero tabernáculo.

Pero la pregunta más importante en la mente del lector es esta: ¿Cómo explicó Gabriel el santuario a Daniel? ¿No le señaló la transición de la «figura» o «modelo» al «tabernáculo más grande y más perfecto», los verdaderos lugares santos? Respondemos: Sí lo hizo.

1. Gabriel explicó a Daniel qué porción de los 2300 días pertenecía a Jerusalén y a los judíos: «Setenta semanas han sido cortadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa» —Traducción de Whiting. (Daniel 9:24). Entonces la totalidad de los 2300 días no pertenece a la antigua Jerusalén, el lugar del santuario terrenal, ni todos ellos pertenecen a los judíos, el pueblo profeso de Dios en el tiempo del primer pacto.

2. Porque en ese período de setenta semanas, la transgresión debía terminar; es decir, el pueblo judío debía llenar su medida de iniquidad, al rechazar y crucificar al Mesías, y ya no serían su pueblo, o ejército. (Daniel 9:24; Mateo 23:32, 33; 21:33-43; 27:25).

3. Gabriel mostró a Daniel que el santuario terrenal sería destruido poco después de su rechazo del Mesías, y nunca sería reconstruido, sino que permanecería desolado hasta la consumación. (Daniel 9:26, 27).

4. El ángel presenta el nuevo pacto a la vista de Daniel. «Él [el Mesías] confirmará el pacto con muchos por una semana» (Daniel 9:27; Mateo 26:28).

5. Presenta a la vista de Daniel la iglesia del nuevo pacto, o ejército; a saber, los «muchos» con quienes se confirma el pacto. (Daniel 9:27).

6. Presenta a la vista el sacrificio del nuevo pacto; a saber, la eliminación del Mesías, pero no por sí mismo (Daniel 9:26); y también al Príncipe, o Mediador, del nuevo pacto. (Daniel 9:25; 11:22; Hebreos 12:24). Presenta a la vista de Daniel el santuario del nuevo pacto, y le informa que antes del final de las setenta semanas, que pertenecen al santuario terrenal, el lugar santísimo será ungido. Para demostrar que este «lugar santísimo» es el verdadero tabernáculo en el que el Mesías ha de officiar como sacerdote, ofrecemos el siguiente testimonio: ««Y ungir el lugar santísimo»: kodesh kodashim, el Santo de los Santos». —Adam Clarke. (Daniel 9:24).

«Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y la ciudad de tu santuario, para que el pecado sea refrenado, y la transgresión tenga fin; para que la iniquidad sea expiada, y la justicia eterna sea introducida; para que las visiones y profecías sean selladas, y el Santo de los Santos sea ungido». —Traducción de Houbigant. (Daniel 9:24).

El hecho es claro: que de la visión de los 2300 días concernientes al santuario, solo 490 pertenecían al santuario terrenal; y también que la iniquidad del pueblo judío, en ese período, se llenaría hasta tal punto que Dios los abandonaría, y la ciudad y el santuario serían destruidos poco después, y nunca serían reconstruidos, sino que serían dejados en ruinas hasta la consumación. Y también es un hecho que Gabriel sí presentó a Daniel una visión del verdadero tabernáculo, (Hebreos 8:1, 2), el cual, hacia el final de las setenta semanas, tomó el lugar del modelo. Y así como la ministración del tabernáculo terrenal comenzó con su unción, así en el ministerio más excelente de nuestro gran Sumo Sacerdote, el primer acto, como se le mostró a Daniel, es la unción del verdadero tabernáculo o santuario, del cual él es ministro. (Éxodo 40:9-11; Levítico 8:10, 11; Números 7:1; Daniel 9:24).

Es, por lo tanto, un hecho establecido que el santuario terrenal del primer pacto, y el santuario celestial del nuevo pacto, ambos están incluidos en la visión

de los 2300 días. Setenta semanas son cortadas sobre el santuario terrenal; y a su término, se introduce el verdadero tabernáculo, con su unción, su sacrificio y su Ministro. Y es interesante notar que la transferencia del tabernáculo hecho con manos al verdadero tabernáculo mismo, que levantó el Señor y no el hombre, es colocada por Gabriel en el punto exacto donde la Biblia testifica que la sombra de los bienes venideros cesó, siendo clavada en la cruz (Colosenses 2:14, 17); donde la ofrenda de toros y cabras dio lugar al gran Sacrificio (Hebreos 9:11-14; 10:1-10; Salmo 40:6-8; Daniel 9:27); donde el sacerdocio levítico fue reemplazado por el del orden de Melquisedec (Hebreos, capítulos 5-7; Salmo 110); donde el ejemplo y la sombra de las cosas celestiales fueron terminados por el ministerio más excelente que representaban (Hebreos 8:1-6); y donde los lugares santos que eran las figuras del verdadero, fueron sucedidos por los verdaderos lugares santos en el Cielo. (Hebreos 9:23, 24). Hemos visto que Gabriel no explicó los 2300 días y el santuario en Daniel 8. Ahora vemos que en Daniel 9 explicó ambos.

EL SANTUARIO CELESTIAL

«Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos un sumo sacerdote tal, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre» (Hebreos 8:1, 2). «Trono de gloria, excelso desde el principio, es el lugar de nuestro santuario» (Jeremías 17:12; Apocalipsis 16:17; Salmo 11:4). «Porque miró desde lo alto de su santuario; Jehová miró desde los cielos a la tierra» (Salmo 102:19).

El santuario celestial tiene dos lugares santos. El siguiente testimonio al respecto es concluyente. Lo extraemos del Antiguo y Nuevo Testamento, para que *toda palabra sea establecida por boca de dos o tres testigos*.

1. El tabernáculo levantado por Moisés

El tabernáculo levantado por Moisés, después de una inspección de cuarenta días del que se le mostró en el monte, consistía en dos lugares santos (Éxodo 26:30-33), y se declara que es un patrón, o modelo, correcto de aquel edificio

(Éxodo 25:8, 9, 40, comparado con capítulo 39:32-43). Pero si el santuario terrenal consistía en dos lugares santos, y el gran original, del cual fue copiado, consistía en solo uno, en lugar de semejanza habría perfecta desemejanza.

2. El templo

El templo fue construido en todos los aspectos según el patrón que Dios dio a David por el Espíritu (1 Crónicas 28:10-19). Y Salomón, al dirigirse a Dios, dice: «Tú me has mandado edificar un templo en tu monte santo y un altar en la ciudad donde habitas, a semejanza del tabernáculo santo que preparaste desde el principio.» (Sabiduría de Salomón 9:8). El templo fue construido a una escala mayor y más grandiosa que el tabernáculo; pero su característica distintiva, al igual que la del tabernáculo, consistía en el hecho de que estaba compuesto por dos lugares santos (1 Reyes 6; 2 Crónicas 3). Esta es una prueba clara de que el tabernáculo celestial contiene lo mismo.

3. El testimonio de Pablo

Pablo afirma claramente que «los lugares santos [plural] hechos con manos» (Hebreos 9:24) «son figuras [plural] de las cosas verdaderas» (Hebreos 9:24); y que el tabernáculo y sus vasos son «ejemplos de las cosas celestiales» (Hebreos 9:23). Esta es una evidencia directa de que, en el tabernáculo mayor y más perfecto, hay dos lugares santos, tal como en la figura, ejemplo o patrón.

4. El uso de la palabra "santos" (plural)

El apóstol realmente usa la palabra *santos* (plural) al hablar del santuario celestial. La expresión, “*el lugar santísimo*” (Hebreos 9:8; 10:19), ha sido supuesta por algunos como prueba de que Cristo comenzó a ministrar en el Lugar Santísimo, en su ascensión. Pero la expresión no es “*hagia hagion*,” santo de santos, como en capítulo 9:3; sino que es simplemente “*hagion*,” santos. Es la misma palabra que se traduce como santuario en Hebreos 8:2. En cada uno de estos tres textos, Hebreos 8:2; 9:8; 10:19, Macknight traduce la palabra como «lugares santos». La Biblia Douay la traduce como «los santos». Y así aprendemos que el santuario celestial consiste en dos «lugares santos».

Hemos notado particularmente los vasos del santuario terrenal, y hemos citado testimonio divino para mostrar que eran patrones de lo verdadero en el Cielo. Esto se confirma sorprendentemente por el hecho de que en el santuario celestial encontramos vasos similares: (1) El arca del pacto de Dios, y los querubines (Apocalipsis 11:19; Salmo 99:1). (2) El altar de incienso de oro (Apocalipsis 8:3; 9:13). (3) El candelero con las siete lámparas (Apocalipsis 4:5; Zacarías 4:2). (4) El incensario de oro (Apocalipsis 8:3). Este santuario celestial es llamado por David, Habacuc y Juan, *“el templo de Dios en el cielo”* (Salmo 11:4; Habacuc 2:20; Apocalipsis 11:19; Apocalipsis 16:17); *“la santa morada de Dios”* (Zacarías 2:13; Jeremías 25:30); *“tabernáculo más grande y más perfecto”* (Hebreos 9:11); *“el santuario y el verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre”* (Hebreos 8:2).

LA MINISTRACIÓN Y PURIFICACIÓN DEL SANTUARIO TERRENAL

Hemos mostrado anteriormente que el santuario terrenal consistía en dos lugares santos, y que era un patrón del verdadero tabernáculo de Dios en el Cielo. Ahora presentaremos de manera breve la obra de ministración en ambos lugares santos, y también la obra de purificación de ese santuario, al final de esa ministración cada año, y probaremos que esa ministración fue el ejemplo y la sombra del ministerio más excelente de Cristo en el verdadero tabernáculo.

La ministración en el santuario terrenal era realizada por el orden sacerdotal levítico (Éxodo 28; 29; Levítico 8; 9; Hebreos 7). El acto preparatorio al comienzo de la ministración en el tabernáculo terrenal era la unción de sus dos lugares santos y de todos sus vasos sagrados (Éxodo 40:9; 30:26-29; Levítico 8:10). La obra completa de los sacerdotes en los dos lugares santos es resumida por el apóstol de la siguiente manera: «Así que, dispuestas estas cosas, en la primera parte del tabernáculo entran continuamente los sacerdotes para cumplir los oficios del culto; pero en la segunda parte, solo el sumo sacerdote una vez al año, no sin sangre, la cual ofrece por sí mismo y por los pecados de ignorancia del

pueblo.» (Hebreos 9:6, 7). La ministración en el santuario terrenal se nos presenta así en dos grandes divisiones: Primero, el servicio diario en el lugar santo, que consistía en el holocausto regular de la mañana y de la tarde (Éxodo 29:38-43; Números 28:3-8); la quema de incienso aromático sobre el altar de oro, cuando el sumo sacerdote encendía las lámparas cada mañana y cada tarde (Éxodo 30:7, 8, 34-36; 31:11); la obra especial en los días de reposo del Señor, y también en los días de reposo anuales, lunas nuevas y fiestas (Números 28:9-31; 29; Levítico 23); y además de todo esto, la obra especial para los individuos que presentaban sus ofrendas particulares durante el año (Levítico 1-7). Y, en segundo lugar, la obra anual en el Lugar Santísimo, por los pecados del pueblo y por la purificación del santuario (Levítico 16). Así, cada uno de los dos lugares santos tenía asignada su obra apropiada. La gloria del Dios de Israel se manifestaba en ambos compartimentos. Cuando él entró por primera vez en el tabernáculo, su gloria llenó ambos lugares santos (Éxodo 40:34, 35). Véase también 1 Reyes 8:10, 11; 2 Crónicas 5:13, 14; 7:1, 2. A la puerta del primer compartimento, el Señor se detuvo y habló con Moisés (Éxodo 33:9-11). En este lugar, Dios prometió encontrarse con los hijos de Israel y santificar el tabernáculo con su gloria (Éxodo 29:42-44; 30:36). En el Lugar Santísimo, también, Dios manifestó su gloria de manera especial (Éxodo 25:21, 22; Levítico 16:2).

En el primer compartimento estaban los sacerdotes en un curso continuo de ministración por el pueblo. El que había pecado, traía su víctima a la puerta de este compartimento para ser ofrecida por sí mismo. Ponía su mano sobre la cabeza de la víctima, para denotar que su pecado le era transferido (Levítico 1:4). Luego la víctima era sacrificada a causa de esa transgresión, y su sangre, llevando ese pecado y culpa, era llevada al santuario y rociada sobre él (Levítico 4). Así, durante el año esta ministración continuaba; los pecados del pueblo eran transferidos de ellos mismos a las víctimas ofrecidas en sacrificio, y, a través de la sangre de los sacrificios, transferidos al santuario mismo.

El día diez del séptimo mes, la ministración se cambió del lugar santo, donde había continuado durante el año, al Lugar Santísimo (Levítico 16:2, 29-34). El sumo sacerdote entró en el Lugar Santísimo con la sangre de un becerro, como

ofrenda por el pecado para sí mismo (Versículos 3, 6, 11-14). Luego recibió de los hijos de Israel dos machos cabríos para una ofrenda por el pecado. Sobre estos cabríos echó suertes; una suerte para el Señor y la otra para el macho cabrío expiatorio (Versículos 5, 7, 8). Luego procedió a ofrecer el cabrío sobre el cual cayó la suerte del Señor, como ofrenda por el pecado para el pueblo.

Ahora mostraremos que ofreció esta sangre con dos propósitos: 1. «para hacer expiación por los hijos de Israel por todos sus pecados» (Levítico 16:30). 2. Limpiar, o «hacer expiación por el santuario santo» (Levítico 16:33). Leamos una porción de Levítico 16:

«Luego degollará el macho cabrío en expiación por el pueblo, y meterá la sangre detrás del velo, y hará con ella como hizo con la sangre del becerro, y la rociará sobre el propiciatorio, y delante del propiciatorio. Así hará expiación por el santuario a causa de las inmundicias de los hijos de Israel, y a causa de sus rebeliones y de todos sus pecados; de la misma manera hará también con el tabernáculo de reunión, el cual reside entre ellos en medio de sus inmundicias. Y ningún hombre estará en el tabernáculo de reunión cuando él entre para hacer la expiación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la expiación por sí y por su casa, y por toda la congregación de Israel. Después saldrá al altar que está delante de Jehová, y hará expiación por él; y tomará de la sangre del becerro, y de la sangre del macho cabrío, y la pondrá sobre los cuernos del altar alrededor. Y rociará sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel. Y cuando hubiere acabado de reconciliar el santuario, el tabernáculo de reunión y el altar, hará traer el macho cabrío vivo; y Aarón pondrá ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por medio de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto.»

«Y esto tendréis por estatuto perpetuo: En el mes séptimo, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis, ni el natural ni el extranjero

que peregrina entre vosotros; porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová.»

«Así hará expiación por el santuario santo, y hará expiación por el tabernáculo de reunión, y por el altar; también hará expiación por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación. Y esto tendréis por estatuto perpetuo, para hacer expiación por los hijos de Israel por todos sus pecados una vez al año.» (Versículos 15-22, 29, 30, 33, 34). Aquí hemos leído varios hechos importantes:

1. Cambio de ministración

El día diez del séptimo mes, la ministración se cambió del lugar santo al Lugar Santísimo (Versículos 2, 29-34).

2. Ofrenda de sangre en el Lugar Santísimo

En el Lugar Santísimo, se ofrecía sangre por los pecados del pueblo, para hacer expiación por ellos (Versículos 5, 9, 15, 17, 30, 33, 34; Hebreos 9:7).

3. Purificación del santuario y el altar

Los dos lugares santos del santuario, y también el altar de incienso, eran purificados en este día de los pecados del pueblo, los cuales, como hemos visto, habían sido llevados al santuario por medio de la sangre de la ofrenda por el pecado (Versículos 16, 18-20, 33; Éxodo 30:10).

4. La remoción de pecados y el macho cabrío expiatorio

El sumo sacerdote, habiendo quitado por la sangre los pecados del pueblo del santuario, los lleva a la puerta del tabernáculo (Números 18:1; Éxodo 28:38), donde está el macho cabrío expiatorio; y, poniendo ambas manos sobre la cabeza del macho cabrío, y confesando sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel en todos sus pecados, los pone sobre la cabeza del macho cabrío, y lo envía, con todas sus iniquidades, a una tierra inhabitada (Versículos 5, 7-10, 20-22). El santuario fue así purificado de los pecados del pueblo, y esos pecados fueron llevados por el macho cabrío expiatorio desde el santuario.

Lo anterior presenta a nuestra vista un bosquejo general de la ministración en el santuario terrenal. Las siguientes escrituras muestran que esa ministración fue el ejemplo y la sombra del ministerio de Cristo en el tabernáculo en el Cielo:

«Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre. Porque todo sumo sacerdote está constituido para ofrecer ofrendas y sacrificios; por tanto, es necesario que este también tenga algo que ofrecer. Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo ya sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley; los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a construir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte. Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas.» (Hebreos 8:1-6; Colosenses 2:17; Hebreos 10:1; 9:11, 12).

Los hechos expuestos en estos textos son dignos de cuidadosa atención:

1. Tenemos un Sumo Sacerdote en los cielos.
2. Este Sumo Sacerdote es ministro del santuario, o del verdadero tabernáculo.

Aquí tienes la traducción del texto con el formato solicitado:

3. Así como los sumos sacerdotes terrenales fueron ordenados para ofrecer sacrificio por los pecados, así es de necesidad que nuestro Sumo Sacerdote tenga algo que ofrecer por nosotros en el santuario celestial.
4. Cuando estaba en la tierra, no era sacerdote.
5. El ministerio de los sacerdotes en aquel tabernáculo, hecho según el modelo del verdadero, fue el ejemplo y la sombra del ministerio más excelente de Cristo en el tabernáculo verdadero mismo.
6. Todo el servicio típico era una sombra de los bienes venideros.

7. En el tabernáculo mayor y más perfecto, Cristo es ministro de estos bienes así prefigurados. Con estos hechos ante nosotros, consideraremos ese ministerio más excelente en el templo de Dios en el Cielo.

EL MINISTERIO Y LA PURIFICACIÓN DEL SANTUARIO CELESTIAL

Al concluir los servicios típicos, Aquel de quien Moisés escribió en la ley y los profetas, Jesús de Nazaret, vino y entregó su vida por nosotros. La muerte del Señor Jesús es el punto divisorio entre las dos dispensaciones, ya que puso fin a los servicios típicos y fue el fundamento de su obra como sacerdote en el tabernáculo celestial. Sobre Jesús fue puesta la iniquidad de todos nosotros, y Él llevó nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero. Isaías 53:6; 1 Pedro 2:24; Hebreos 9:28. Fue resucitado de entre los muertos para nuestra justificación y ascendió al Cielo para convertirse en un gran sumo sacerdote en la presencia de Dios por nosotros. Romanos 4:25; Hebreos 9:11, 12, 24.

El ministerio en el santuario celestial es realizado por el orden sacerdotal de Melquisedec, en la persona de nuestro Señor. Salmos 110; Hebreos 5-8. Ya hemos probado que el templo de Dios en el Cielo consta de dos lugares santos, como lo hacía el tabernáculo terrenal; y que el ministerio en los dos lugares santos del santuario terrenal fue el ejemplo y la sombra del ministerio de Cristo en el verdadero tabernáculo. Pero algunos sostienen que Cristo ministra solo en el lugar santísimo del santuario celestial. Examinemos este punto:—

1. La unción del lugar santísimo al comienzo de su ministerio, puede aducirse como prueba de que Él ministra solo en el segundo apartamento del santuario celestial. Daniel 9:24. Pero esta objeción desaparece de inmediato si consideramos que antes de que el sacerdocio levítico comenzara a ministrar en el santuario terrenal, todo ese edificio, tanto el santísimo como el lugar santo y todos los vasos sagrados, fue ungido. Éxodo 40:9-11; 30:23-29; Levítico 8:10; Números 7:1. Y cuando se realizó esta unción, ese ministerio comenzó en el

primer apartamento. Levítico 8-10; Hebreos 9:6, 7. Y este orden, *recuérdese*, fue «el ejemplo y la sombra de las cosas celestiales».

2. Algunos han sostenido que el texto, «Este hombre, después de haber ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado para siempre a la diestra de Dios» (Hebreos 10:12), prohíbe la idea de que Él ministre en los dos lugares santos. Pero respondemos que, en lo que respecta a la idea de sentarse, sería igualmente apropiado representarlo de pie a la diestra del Padre. Hechos 7:56. Y si el Salvador está «a la diestra del poder de Dios» cuando desciende del Cielo, como testimonia Él mismo, Mateo 26:64; Marcos 14:62; Lucas 22:69, entonces ciertamente puede estar a la diestra del Padre en ambos lugares santos. Pero aquí tenemos un testimonio directo. Pablo dice que Cristo es un «ministro del santuario» (Hebreos 8:2). Que la palabra *hagion*, aquí traducida como santuario, es plural, nadie puede negarlo. Es literalmente traducida por la Biblia Douay como «los lugares santos». Tal como lo tradujo Macknight, Hebreos 8:1, 2, dice así: «Ahora, de las cosas dichas, la principal es: tenemos un Sumo Sacerdote tal como nos convenía, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los Cielos, un ministro de los lugares santos, a saber, del verdadero tabernáculo, que el Señor levantó, y no el hombre.» De lo anterior extraemos dos conclusiones: (1) Nuestro Señor puede ser ministro de los dos lugares santos y, sin embargo, estar a la diestra del Padre. (2) Debe ministrar en ambos lugares santos, o el lenguaje de Pablo de que es un ministro de los lugares santos (plural) no es verdadero. Un sumo sacerdote que ministrara simplemente en el lugar santísimo no es un ministro de los lugares santos.

3. Sin embargo, algunos han esgrimido otro argumento para probar que Cristo ministra solamente en el Lugar Santísimo, basándose en los siguientes textos: «dando el Espíritu Santo a entender con esto que el camino a *lo más santo de todo* no se había manifestado aún, mientras el primer tabernáculo todavía permanecía en pie» (Hebreos 9:8). «Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en *el santísimo* por la sangre de Jesús» (Hebreos 10:19). Pero como se ha señalado antes, la palabra traducida como «lo más santo de todo» es la misma que se traduce como «santuario» en el capítulo 8:2, y no es *hagia hagion*,

santo de los santos, como en el capítulo 9:3, sino simplemente *hagion*, santos, en plural. La traducción de Macknight, que traduce correctamente la palabra en plural, elimina toda dificultad. Él traduce estos dos textos de la siguiente manera: «El Espíritu Santo significando esto, que el camino de los lugares santos no había sido aún abierto, mientras el primer tabernáculo todavía permanece en pie». «Bien entonces, hermanos, teniendo audacia en la entrada de los lugares santos, por la sangre de Jesús». Estos textos, por lo tanto, no favorecen la doctrina de que Cristo es un ministro de solo uno de los lugares santos. Con la traducción literal de la palabra, dándola en plural en nuestro idioma, tal como fue escrita por Pablo, la objeción a la ministración de Cristo en los dos lugares santos del santuario celestial queda completamente eliminada. El camino hacia los lugares santos del santuario celestial no fue abierto mientras continuaba la ministración en el tabernáculo terrenal; pero cuando esa ministración fue abolida, el camino de los lugares santos celestiales fue abierto, y tenemos audacia para entrar por fe, donde nuestro Sumo Sacerdote está ministrando por nosotros.

Puede ser apropiado añadir que la frase traducida como «en el Lugar Santo», en Hebreos 9:12, 25, y «en el santuario», en el capítulo 13:11, es la misma que en el capítulo 9:24 se traduce literalmente en plural, «en los lugares santos». Macknight las traduce todas en plural. Entonces, el tabernáculo celestial, donde ministra nuestro Señor Jesucristo, tiene lugares santos tan realmente como su patrón o imagen, el tabernáculo terrenal; y nuestro gran Sumo Sacerdote es ministro de esos lugares santos mientras está a la diestra del Padre.

Examinemos ahora las escrituras que presentan la posición y el ministerio de nuestro Señor en el tabernáculo en el Cielo. En visión en Patmos, el discípulo amado tuvo una vista del templo de Dios, el santuario celestial. Una puerta se abrió en el Cielo. Esta debe ser la puerta del tabernáculo celestial, porque reveló a la vista de Juan el trono de Dios, que estaba en ese templo. Apocalipsis 4:1, 2; 16:17; Jeremías 17:12. Debe ser la puerta del primer compartimento, porque la del segundo compartimento (que revela el arca que contiene los diez mandamientos) no se abre hasta el sonido del séptimo ángel. Apocalipsis 11:19. Y la idea de que Juan estaba mirando hacia el primer compartimento del santuario

celestial cuando vio al Señor Jesús tomar el libro de la mano de Aquel que estaba sentado sobre el trono, se confirma sorprendentemente por lo que vio delante del trono. Él testifica que «había siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono, las cuales son los siete espíritus de Dios» (Apocalipsis 4:5; Zacarías 4:2). También vio el altar de incienso de oro delante del trono, y presencié la ministración en ese altar con el incensario de oro. Apocalipsis 8:3. En el tabernáculo terrenal, que era el patrón de las cosas en los Cielos, el candelero de oro con sus siete lámparas, y el altar de incienso de oro, estaban ambos representados, y, por dirección expresa de Dios, colocados en el primer compartimento. Números 8:2-4; Hebreos 9:2; Levítico 24:2-4; Éxodo 40:24-27. La escena de esta visión es el primer compartimento del santuario celestial. Aquí fue donde Juan vio al Señor Jesús. Apocalipsis 5:6-8.

Leamos la descripción de Isaías de este lugar: «El año que murió el rey Uzías, vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos. Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas» (Isaías 6:1-6).

Que esta fue una visión del tabernáculo celestial, y no del templo en Jerusalén, puede probarse comparando Juan 12:39-41 con Isaías 6:8-10. Palabras escritas por Isaías, mientras miraba en el templo de Dios, son citadas por Juan, con la declaración de que Isaías las pronunció al contemplar la gloria de Cristo. Que Juan e Isaías ambos contemplaron el mismo lugar, es evidente; ambos contemplaron el trono de Dios, y a Aquel que se sienta sobre él; (Isaías 6:1); (Apocalipsis 4:2); ambos contemplaron los seres vivientes con seis alas; (Isaías 6:2); (Apocalipsis 4:6-8); cada uno escuchó de estos seres un cántico similar;

(Isaías 6:3); (Apocalipsis 4:8); y ambos contemplaron el altar de oro delante del trono. (Isaías 6:6); (Apocalipsis 8:3; 9:13). Que Juan e Isaías ambos vieron a nuestro Señor Jesucristo, ya lo hemos probado. Y la escena de sus visiones fue en el primer compartimento del santuario celestial, el lugar del candelero de oro, con sus siete lámparas, y el altar de oro del incienso. Y en este compartimento nuestro Sumo Sacerdote comenzó su ministración, como los sacerdotes en el ejemplo y la sombra de las cosas celestiales. En la sombra, cada parte de la obra se repetía muchas veces; pero en la sustancia, cada parte se cumple una vez para siempre. Una vez para siempre es inmolado nuestro Sacrificio, (Romanos 6:9, 10); (Hebreos 9:25-28); y una vez para siempre nuestro Sumo Sacerdote aparece en cada uno de los lugares santos. (Hebreos 9:11, 12, 24, 25). Por lo tanto, nuestro Señor debe continuar su ministración en el primer compartimento hasta que llegue el período para su ministración dentro del segundo velo, ante el arca del testimonio de Dios.

Los pecados del mundo fueron puestos sobre el Señor Jesús, y él murió por esos pecados según las Escrituras. La sangre del Cordero de Dios, que fue derramada por nuestras transgresiones de la ley de Dios, es aquella por la cual nuestro Sumo Sacerdote entra en el santuario celestial, (Hebreos 9:12), y la cual, como nuestro abogado, ofrece por nosotros en ese santuario. (Hebreos 12:24; 1 Pedro 1:2; 1 Juan 2:1, 2). Su gran obra, que comenzó con el acto de llevar los pecados del mundo en su muerte, la lleva aquí adelante al interceder por la causa de los pecadores penitentes, y al presentar por ellos su sangre que había sido derramada como el gran sacrificio por los pecados del mundo. La obra en el santuario terrenal era esencialmente la misma. Los pecados se depositaban allí sobre la víctima, que luego era inmolada. La sangre de ese sacrificio, llevando esa culpa, era rociada en el santuario para hacer reconciliación por el pecador. Y así, en la sombra de las cosas celestiales, vemos la culpa del pueblo transferida al santuario mismo. Esto se puede entender fácilmente. Y es un hecho claro que su gran designio era dar un ejemplo de las cosas celestiales. Así como el pecado de quien venía a Dios mediante la ofrenda de sangre por parte del sumo sacerdote, era, a través de esa sangre, transferido al santuario mismo, así es en la sustancia.

Aquel que llevó nuestros pecados en su muerte, ofrece por nosotros su sangre en el santuario celestial. Pero cuando vuelva, él está «*sin pecado*» (Hebreos 9:28); su gran obra para la remoción del pecado está completamente terminada antes de que él venga.

Ahora inquirimos respecto a la remoción de los pecados de la iglesia, o hueste, del santuario. Hemos visto que solo 490 de los 2300 años pertenecían al santuario terrenal, y que los 1810 años restantes pertenecían al verdadero santuario, que Gabriel le presenta a Daniel en su explicación en el capítulo 9; consecuentemente, el santuario que ha de ser purificado de los pecados de la iglesia, o hueste, al final de los 2300 años, es el santuario celestial. También hemos examinado aquellas porciones de la Biblia que explican cómo y por qué fue purificado el santuario terrenal, y hemos visto que esa purificación fue lograda, no por fuego, sino por sangre. Hemos visto que esa obra fue ordenada con el propósito expreso de prefigurar la obra en el santuario celestial. Y también hemos visto que los pecados de aquellos que vienen a Dios a través de nuestro gran Sumo Sacerdote son comunicados al santuario, como fue el caso en el tipo. Pero no nos quedamos sin testimonio directo sobre este punto importante. El apóstol declara el hecho de la purificación de los santuarios terrenal y celestial, y afirma claramente que este último debe ser purificado por la misma razón que hizo necesario purificar el primero: «*Casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios.*» (Hebreos 9:22-24). Dos hechos importantes se declaran en esta porción de la Escritura:

1. El santuario terrenal fue purificado con sangre.
2. El santuario celestial debe ser purificado con mejores sacrificios; es decir, con la sangre de Cristo. Es claro, entonces, que la idea de purificar el santuario con fuego no tiene sustento en la Biblia.

Estas palabras, tal como las traduce Macknight, son muy claras: «Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Fue, pues, necesario que las representaciones de los lugares santos en los cielos fuesen purificadas con estos sacrificios; pero los lugares celestiales mismos, con sacrificios mejores que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de manos, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora por nosotros ante la presencia de Dios» (Hebreos 9:22-24). Así, Pablo enseña claramente el hecho de la purificación del santuario celestial en su comentario sobre el sistema típico. Y esta gran verdad, claramente expuesta, es digna de perdurable memoria.

Muchos tratarán con desdén la idea de la purificación del santuario celestial, «porque», dicen, «no hay nada en el cielo que limpiar». Estos pasan por alto el hecho de que el Lugar Santísimo, donde Dios manifestaba su gloria y al que nadie sino el sumo sacerdote podía entrar, debía ser limpiado, según la ley, a causa de los pecados del pueblo, que eran llevados allí por la sangre de la ofrenda por el pecado (Levítico 16). Y pasan por alto el hecho de que Pablo testifica claramente que el santuario celestial debe ser limpiado por la misma razón (Hebreos 9:23, 24). Véase también (Colosenses 1:2). Estaba inmundo solo en este sentido: Los pecados de los hombres habían sido llevados a él a través de la sangre de la ofrenda por el pecado, y debían ser quitados. Este hecho puede ser comprendido por toda mente.

La obra de purificar el santuario cambia la ministración del Lugar Santo al Lugar Santísimo (Levítico 16; Hebreos 9:6, 7; Apocalipsis 11:19). Así como la ministración en el Lugar Santo del templo en el Cielo comenzó inmediatamente después del fin del sistema típico, al cierre de las sesenta y nueve semanas y media (Daniel 9:27), así la ministración en el Lugar Santísimo, en el santuario celestial, comienza con la terminación de los 2300 días. Entonces nuestro Sumo Sacerdote entra en el Lugar Santísimo para purificar el santuario. La terminación de este gran período marca el comienzo de la ministración del Señor Jesús en el Lugar Santísimo. Esta obra, tal como se presenta en el tipo, ya hemos visto que tenía el doble propósito del perdón de la iniquidad y la purificación del santuario.

Y esta gran obra nuestro Señor la lleva a cabo con su propia sangre; ya sea por la presentación real de ella, o por virtud de sus méritos, no necesitamos detenernos a inquirir.

Nadie puede dejar de ver que la purificación del santuario es un acontecimiento de importancia infinita. Esto completa la gran obra del Mesías en el tabernáculo celestial y la hace perfecta. A la obra de purificación del santuario le sucede el acto de colocar los pecados, así quitados, sobre la cabeza del macho cabrío, para que sean llevados para siempre del santuario. La obra de nuestro Sumo Sacerdote por los pecados del mundo quedará entonces completada, y él estará listo para aparecer «sin pecado para salvación». El acto de colocar los pecados sobre la cabeza del macho cabrío, en el tipo, ya ha sido observado (Levítico 16:5, 7-10, 20-22).

El siguiente acontecimiento de aquel día, después de que el santuario fue purificado, fue poner todas las iniquidades y transgresiones de los hijos de Israel sobre el macho cabrío, y enviarlo a una tierra deshabitada, o de separación. Casi todos suponen que este macho cabrío tipificó a Cristo en algunas de sus funciones, y que el tipo se cumplió en el primer advenimiento. De esta opinión debo diferir, porque,

1. Ese macho cabrío no fue enviado hasta después de que el sumo sacerdote hubo terminado de purificar el santuario (Levítico 16:20, 21). Por lo tanto, ese evento no puede encontrar su antitipo hasta después del fin de los 2300 días.

2. Fue enviado de Israel al desierto, una tierra deshabitada. Si nuestro bendito Salvador es su antitipo, él también debe ser enviado lejos de su pueblo a una tierra deshabitada, pero no al sepulcro, porque el macho cabrío fue enviado vivo; ni al Cielo, porque esa no es una tierra deshabitada.

3. El macho cabrío recibió y retuvo todas las iniquidades de Israel; pero cuando Cristo aparezca por segunda vez, será «sin pecado» (Hebreos 9:28).

4. El macho cabrío recibió las iniquidades de manos del sacerdote, y este lo envió. Como Cristo es el sacerdote, el macho cabrío debe ser algo diferente de él mismo, que él pueda enviar lejos.

5. Este no era uno de dos machos cabríos elegidos para ese día, de los cuales uno era del Señor y fue ofrecido como ofrenda por el pecado; sino que el otro no fue llamado del Señor, ni ofrecido como sacrificio. Su única función era recibir las iniquidades del sacerdote, después de que este había purificado el santuario de ellas, y llevarlas a una tierra deshabitada, dejando atrás el santuario, al sacerdote y al pueblo, libres de sus iniquidades (Levítico 16:7-10, 22).

6. El nombre hebreo del macho cabrío, como se verá en el margen de (Levítico 16:8), es Azazel. Sobre este versículo, Wm. Jenks, en su *Comp. Com.*, hace las siguientes observaciones: —

«Macho cabrío. Véase diferentes opiniones en Bochart. Spencer, siguiendo la opinión más antigua de hebreos y cristianos, cree que Azazel es el nombre del diablo; y así Rosenmuller, a quien se puede consultar. El siríaco tiene Azzail, el ángel (el fuerte) que se rebeló».

7. A la aparición de Cristo, como se enseña en (Apocalipsis 20), Satanás será atado y arrojado al abismo, acto y lugar que son simbólicamente representados por el sumo sacerdote antiguo enviando al macho cabrío a un desierto separado e inhabitado.

8. Así tenemos la Escritura, la definición del nombre en dos idiomas antiguos hablados al mismo tiempo, y la opinión más antigua de los cristianos, a favor de considerar al macho cabrío como el tipo de Satanás.

Debido a que se dice: «El macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada» (Levítico 16:22), y «He aquí el Cordero de Dios, que quita [margen lleva] el pecado del mundo» (Juan 1:29), se concluye sin más reflexionar que el primero era el tipo del segundo. Pero un poco de atención a la ley mostrará que los pecados eran llevados del pueblo por el sacerdote, y del sacerdote por el macho cabrío.

1. Fueron impartidos a la víctima.
2. El sacerdote los llevó en su sangre al santuario.

3. Después de limpiarlo de ellos, en el décimo día del séptimo mes, los llevó al macho cabrío.

4. El macho cabrío finalmente los llevó lejos, más allá del campamento de Israel, al desierto.

Este fue el proceso legal en figura, y cuando se cumpla en realidad, el autor de los pecados los habrá recibido de nuevo (pero los impíos llevarán sus propios pecados), y su cabeza habrá sido herida por la simiente de la mujer; «el hombre fuerte armado» habrá sido atado por uno más fuerte que él, y su casa (el sepulcro) despojada de sus bienes, los santos (Mateo 12:29; Lucas 11:21, 22).

La gran obra de la expiación está ahora completa, y la obra de nuestro Señor, como sacerdote, cumplida. Los pecados de aquellos que han obtenido perdón a través de la gran ofrenda por el pecado, son, al concluir la obra de nuestro Señor en los lugares santos, borrados (Hechos 3:19), y siendo luego transferidos al macho cabrío, son llevados para siempre del santuario y del pueblo, y descansan sobre la cabeza de su autor, el diablo. El Azazel, o macho cabrío antitípico, habrá entonces recibido los pecados de aquellos que han sido perdonados en el santuario, y en el lago de fuego sufrirá por los pecados que ha instigado. El pueblo de Dios, el ejército, estará entonces libre de su iniquidad. Los casos de todos los hombres quedarán entonces fijados para siempre. «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, sea justo todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra» (Apocalipsis 22:11, 12). «Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando el Señor Jesús se manifieste desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Tesalonicenses 1:7, 8).

EL DESENGAÑO

¿Por qué se desilusionaron aquellos que esperaban la segunda venida de Cristo en el año 1844? Creemos que esta importante pregunta puede responderse

de la manera más satisfactoria. Nuestro desengaño no surgió de un error en la manera y el objeto del segundo advenimiento; porque ninguna verdad está más claramente expuesta en las Sagradas Escrituras que la segunda venida personal y visible de Jesucristo para resucitar a los justos muertos, transformar a la inmortalidad a los justos vivos y destruir el mundo incrédulo. Tampoco nuestro desengaño surgió de una mala aplicación de los símbolos proféticos de Daniel y Juan. Una cuidadosa revisión del tema nos confirma que la aplicación de estos símbolos hecha por los adventistas de 1840-44 fue correcta. Tampoco nuestro desengaño surgió de una mala aplicación de los períodos proféticos. La teoría del día por año está bien sustentada. El argumento que sustenta la fecha original de las setenta semanas del noveno capítulo de Daniel es invulnerable. Y los adventistas sostuvieron correctamente que las setenta semanas eran parte de los 2300 días. Siendo correctos estos dos puntos relativos a las setenta semanas, teníamos razones suficientes para creer que los 2300 días terminarían en el año 1844.

Nuestro desengaño tampoco surgió de creer que al final de los 2300 días tendría lugar la obra de purificación del santuario. Porque está claramente establecido: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado» (Daniel 8:14). Pero cuando dijimos que esta tierra, o una parte de esta tierra, era el santuario, y que Cristo debía descender del Cielo al final de los 2300 días para purificar la tierra con fuego, esperamos aquello que la Biblia no nos autorizaba a esperar. Aquí está la causa de nuestro desengaño. Porque hemos visto que no hay autoridad escriturística que respalde la opinión de que alguna parte de la tierra es el santuario, o que la quema de la tierra y el derretimiento de los elementos (2 Pedro 3) sea la purificación del santuario. Por una multitud de testigos, hemos probado que el tabernáculo de Dios en el Cielo es el santuario que debe ser limpiado, y que su purificación es una obra realizada en ese santuario, con sangre, y no con fuego. Nuestro desengaño, entonces, surgió de un malentendido de la obra que debía ocurrir al final de los días.

William Miller y sus asociados acertaron en tres de los cuatro puntos fundamentales de la fe adventista. En uno se equivocaron. Sus puntos de vista

eran correctos en relación con el advenimiento literal y personal, la aplicación de los símbolos proféticos y su exposición de los grandes períodos de Daniel y Juan. Pero no entendieron el evento que ocurriría al término de los 2300 días proféticos. Y su error en este único punto no afecta la gran cuestión del Segundo Advenimiento, como la mayoría de los hombres suponen que lo hace. Corregido escriturísticamente este único punto, la fe del Segundo Advenimiento se sostiene sobre una base tan firme, por decir lo menos, como antes del desengaño. Por lo tanto, no vemos ninguna razón para denunciar a ese hombre verdaderamente grande y bueno, Wm. Miller, como un falso profeta, y a la fe adventista como un fracaso, simplemente porque se equivocó en un punto de cuatro, y cuando ese único error fue de tal naturaleza que podía ser corregido escriturísticamente sin cambiar ni debilitar en lo más mínimo ningún otro punto. Y aquí cabe señalar que otros grandes hombres han cometido errores, al igual que Wm. Miller. El erudito Prof. Bush, en una carta a Wm. Miller, dijo: —

«Tampoco hay que objetar, según mi parecer, a usted ni a sus amigos, que hayan dedicado mucho tiempo y atención al estudio de la cronología profética, y que se hayan esforzado mucho en determinar las fechas de inicio y fin de sus grandes períodos. Si estos períodos son realmente dados por el Espíritu Santo en los libros proféticos, sin duda fue con el propósito de que fueran estudiados, y probablemente, al final, comprendidos plenamente; y nadie debe ser acusado de presuntuosa locura por intentar hacerlo con reverencia. Sobre este punto, yo mismo no tengo cargos que imputarle. Es más, estoy dispuesto a ir tan lejos como para decir que no considero que sus errores en el tema de la cronología sean de naturaleza grave, o, de hecho, que estén muy alejados de la verdad. Al tomar un día como el término profético para un año, creo que usted está respaldado por la exégesis más sólida, así como fortificado por los grandes nombres de Mede, Sir Isaac Newton, Obispo Newton, Kirby, Scott, Keith, y una multitud de otros que hace tiempo llegaron sustancialmente a sus conclusiones sobre este punto. Todos ellos concuerdan en que los períodos principales mencionados por Daniel y Juan expiran realmente alrededor de esta era del mundo, y sería una lógica extraña la que lo condenaría por herejía por sostener, en efecto, los mismos puntos de vista

que tan prominentemente se presentan en los escritos de estos eminentes teólogos. Su error, según mi entender, radica en una dirección diferente a su cronología».

Aquí el Prof. Bush habla franca y verazmente, y sus palabras de sabiduría sustentan a los adventistas en el aspecto más objetable de su fe. Pero, ¿cuál era el acontecimiento que él esperaba que marcara la terminación de los 2300 días? Que el siguiente extracto de la misma carta a Wm. Miller responda: —

«Si bien no dudo que los estudiantes bien informados de la profecía admitirán que su cálculo de los tiempos, con la excepción mencionada, no es materialmente erróneo, aun así, creo que sostendrán que usted ha equivocado completamente la naturaleza de los acontecimientos que han de ocurrir cuando esos períodos expiren. Este es el principal y mayor de sus errores expositivos. Usted ha asumido que el cierre de los 2300 días de Daniel, por ejemplo, es también el cierre del período de probación humana —que es la época de la segunda venida visible y personal de Cristo—, de la resurrección de los justos muertos— y de la disolución del actual sistema mundano. Todo esto afirmo que es una aserción gratuita e infundada. Admitiendo, como lo hago sin reparos, que hemos llegado a una era trascendental del mundo, y que la expiración de estos períodos introducirá, por pasos graduales, un nuevo orden de cosas, intelectual, político y moral, sigo negando perentoriamente que las Escrituras, correctamente interpretadas, garanticen la expectativa de una interrupción tan súbita y milagrosa del orden existente como usted y los que usualmente se llaman Adventistas suelen enseñar.

«El gran acontecimiento ante el mundo no es su conflagración física, sino su regeneración moral; y, por mi parte, me complace pensar que, por su propia limitación, la cuestión pronto será puesta a prueba por un hecho indiscutible. El 23 de marzo —si ese es el momento— pronto estará sobre nosotros, y la verdad o falsedad de una parte, al menos, de su esquema será entonces decidida. Pero incluso si años o siglos aún intervinieran, yo seguiría firme en mi gran posición de que usted se había equivocado en la naturaleza de los acontecimientos.

«Aunque sin duda hay un sentido en el que se puede decir que Cristo viene en relación con el fin del cuarto imperio y del poder otomano, y que su reino se establecerá de forma ilustre, sin embargo, se encontrará que esa será una venida espiritual en el poder de su evangelio, en el amplio derramamiento de su Espíritu y en la gloriosa administración de su providencia. Esta es la creencia común y prevaleciente de la cristiandad, y no dudo que sea la verdadera».

Evidentemente, el Sr. Bush esperaba la conversión del mundo como el evento que marcaría la terminación de los 2300 días. Tanto el Sr. Miller como el Sr. Bush acertaron en la cuestión del tiempo, y ambos se equivocaron en el evento que ocurriría al final de los grandes períodos. El Sr. Miller sostenía que el mundo sería regenerado por fuego, y el Sr. Bush, por el evangelio, al final de los 2300 días. El Sr. Bush sometería las opiniones del Sr. Miller a la severa prueba de solo unas semanas, mientras que la teoría de la conversión del mundo del Sr. Bush ha tenido la terrible prueba de los últimos veintiséis años de apostasía, oscuridad espiritual y crimen. Este período ha sido notado por las desviaciones de la fe del evangelio y las apostasías de la religión cristiana. La incredulidad en diversas formas, especialmente en nombre del Espiritismo, se ha extendido por el mundo cristiano con una rapidez espantosa, mientras que el oscuro registro del crimen se ha ido ennegreciendo desde que el Prof. Bush dirigió su carta a Wm. Miller. Si este es el comienzo del milenio temporal, que el Señor nos salve del resto. Ambos grandes hombres se equivocaron en el evento que terminaría los 2300 días. ¿Y por qué el Sr. Miller debería ser condenado por su error, y el Sr. Bush ser excusado por su conclusión anti-escriturística? Ambos reposan en la tumba, mientras nosotros tenemos la oportunidad de corregir escriturísticamente sus errores a la luz del santuario celestial. «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado» (Daniel 8:14).

En la providencia de Dios, en el movimiento del séptimo mes de 1844, la atención del pueblo se volcó a los tipos de la ley de Moisés. El argumento que se había dado —que así como los tipos primaverales, a saber, la pascua, la gavilla mecida y la ofrenda de harina, se cumplieron en su orden y tiempo en la crucifixión, la resurrección de Cristo y el descenso del Espíritu Santo en el día de

Pentecostés, así también los tipos otoñales se cumplirían en cuanto al tiempo, en los acontecimientos relacionados con el segundo advenimiento— parecía ser concluyente y satisfactorio. La posición adoptada fue que, así como el sumo sacerdote salía del santuario típico en el décimo día del séptimo mes y bendecía al pueblo, así Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, en ese día, saldría del Cielo para bendecir a su pueblo expectante.

Pero debe tenerse en cuenta que en aquel tiempo no se entendían aquellos tipos que señalan la obra en el santuario celestial. De hecho, nadie tenía una idea definida del tabernáculo de Dios en el Cielo. Ahora vemos que los dos lugares santos del santuario típico, hechos por dirección del Señor a Moisés, con sus dos ministraciones distintas —los servicios diarios y los anuales— eran, en el lenguaje de Pablo a los Hebreos, «modelos de las cosas celestiales» (Hebreos 9), «figuras de las verdaderas» (Hebreos 9). También dice de la obra de los sacerdotes judíos, en el capítulo 8, «los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales» (Hebreos 8:5). Sus palabras significan simplemente esto: En el Cielo hay un santuario donde Cristo ministra, y ese santuario tiene dos lugares santos y dos ministraciones distintas, tan verdaderamente como las tenía el santuario terrenal. Si sus palabras no significan esto, no tienen ningún significado en absoluto.

¡Cuán natural, entonces, la conclusión de que, así como los sacerdotes judíos ministraban diariamente en el Lugar Santo del santuario, y en el décimo día del séptimo mes, al finalizar su ciclo anual de servicio, el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo para hacer expiación para la purificación del santuario, así Cristo ministró en relación con el Lugar Santo del santuario celestial desde el momento de su ascensión hasta el final de los 2300 días de (Daniel 8), en 1844, cuando, en el décimo día del séptimo mes de ese año, entró en el Lugar Santísimo del tabernáculo celestial para hacer una expiación especial para el borramiento de los pecados de su pueblo, o, lo que es lo mismo, para la purificación del santuario. El santuario típico era purificado de los pecados del pueblo con la ofrenda de sangre. La naturaleza de la purificación del santuario celestial puede aprenderse del tipo. En virtud de su propia sangre, Cristo entró en el Lugar

Santísimo para hacer una expiación especial para la purificación del tabernáculo celestial.

Con esta visión del santuario celestial ante el lector, puede ver el defecto en la teoría del séptimo mes. Ahora parece evidente que la conclusión de que Cristo saldría del cielo en ese día no está justificada por las premisas del caso. Pero si el ministerio de Cristo en el santuario celestial iba a durar solo un año, en cuyo último día haría una expiación para la purificación del tabernáculo celestial, según el tipo, entonces la conclusión de que en ese día saldría y bendeciría a su pueblo expectante, sería irresistible.

Pero recuérdese que «la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros» (Hebreos 10:1) no era «la imagen misma de las cosas» (Hebreos 10:1). En la sombra, el ciclo de servicio, primero en el lugar santo durante todo el año, excepto un día, y segundo, en el lugar santísimo en el último día de ese año, se repetía cada año sucesivo. Pero no así en el ministerio de Cristo. Él entró en el lugar santo del santuario celestial en su ascensión, una vez para siempre. Allí ministró hasta el tiempo de la purificación del santuario al final de los 2300 días en el otoño de 1844. Para realizar esta obra, entonces entró en el lugar santísimo una vez para siempre. Cristo sufrió en la cruz —no a menudo— sino una vez para siempre. Él comenzó su obra en el lugar santo una vez para siempre. Y él purifica el santuario celestial de los pecados de su pueblo una vez para siempre. Su ministerio en el lugar santo, desde su ascensión en la primavera del año 31 d.C. hasta el otoño de 1844, fue de mil ochocientos trece años y seis meses. El período de su ministerio en el lugar santísimo no puede definirse antes de su fin, como tampoco pudo definirse el tiempo de su ministerio en el lugar santo antes de que terminara. Por lo tanto, por mucho que la expiación del décimo día para la purificación del santuario típico probara que nuestro gran Sumo Sacerdote entraría en el lugar santísimo del tabernáculo celestial en el décimo día del séptimo mes, no probó nada en cuanto a que en ese día saldría del lugar santísimo.

Si hubiéramos podido comprender el tema del santuario celestial, nuestro desengaño se habría evitado. Nuestra evidencia no probó que nuestro Sumo

Sacerdote descendería del lugar santo del santuario celestial en fuego ardiente para quemar la tierra, al final de los 2300 días; sino que, lejos de esto, sí probó que en ese momento debía entrar dentro del segundo velo, para ministrar por nosotros ante el arca del testimonio de Dios, y para purificar el santuario (Daniel 8:14; Hebreos 9:23, 24). Tal ha sido la posición de nuestro Sumo Sacerdote desde el fin de los días, y esta es la razón por la que no vimos a nuestro Rey en 1844. Él había ministrado entonces en solo uno de los lugares santos, y la terminación de los 2300 días marcó el comienzo de su ministración en el otro.

Cuando Juan, quien vio abierta la puerta del primer departamento del tabernáculo celestial (Apocalipsis 4:1-5), al comienzo del ministerio de Cristo, fue llevado en visión por la corriente del tiempo hasta «los días de la voz del séptimo ángel», vio abierto el lugar santísimo del templo de Dios. «Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se vio en el templo. Y hubo relámpagos, y voces, y truenos, y un terremoto, y grande granizo» (Apocalipsis 11:19). Aquí, junto al arca del pacto de Dios, es donde nuestro Sumo Sacerdote ministra desde el fin de los 2300 días. A esta puerta abierta en el santuario celestial (Apocalipsis 3:7, 8; Isaías 22:22-25), invitamos a venir en busca de perdón y salvación a aquellos que no han pecado hasta agotar el día de gracia. Nuestro Sumo Sacerdote está junto al

Propiciatorio (que es simplemente la parte superior del arca), y aquí él ofrece su sangre, no meramente para la purificación del santuario, sino también para el perdón de la iniquidad y la transgresión. Pero mientras llamamos a los hombres a esta puerta abierta, y los señalamos a la sangre de Cristo, ofrecida por nosotros en el propiciatorio, quisiéramos recordarles la ley de Dios debajo del propiciatorio, la cual hizo necesaria la muerte del Hijo amado de Dios para que el hombre culpable pudiera ser perdonado. El arca contiene los mandamientos de Dios, y quien quiera recibir la bendición de Dios, de la mano de nuestro Sumo Sacerdote, debe guardar los mandamientos contenidos en el arca ante la cual ministra.